

AGOSTO:

26 de Agosto: Santa Teresa Jornet Ibars, Patrona de la Ancianidad

Carta que el Padre Saturnino López Novoa manda a Madre Teresa Jornet, recién nombrada Superiora General de la nueva Congregación



...Tras haber tomado a su cargo la dirección interina de esa comunidad naciente, los antecedentes que de Vd. tengo y las cualidades de discreción, sensatez y prudencia que le reconozco, me hacen tener fundada la esperanza de que sabrá llenar cumplidamente tan importante como delicada misión. Comprende Vd. muy bien cuántos sacrificios exige siempre, pero muchas más en los principios, el cargo de Superiora de una Comunidad, puesto que ha de presentarse a las demás como modelo y ejemplar en todo y por todo. ¡Cuánta virtud se necesita para luchar con los obstáculos y tropiezos de dentro y de fuera, y que el demonio se esfuerza más en que se presenten en los principios de toda obra grande en que esté interesada la gloria de Dios y el bien de los hombres! ¡Cuán especial y prudente tacto le es necesario en todas sus operaciones, pues ha de procurar hermanar los deberes de Superiora con los de Madre, los oficios de Maestra sin dejar de ser

discípula, y los deseos del exacto cumplimiento de las obligaciones en todas sus subordinadas con la racional condescendencia en las cosas que son puramente hijas de la flaqueza y miseria de la naturaleza humana! Con todo no hay que intimidarse, porque si es cierto, que nada valemos por nosotros mismos, la gracia y virtud divinas pueden y valen mucho: lo pueden todo.

Tenga Vd. presente que el Señor concede siempre a las personas que llama a un destino especial e importante, no sólo las gracias ordinarias y comunes, sí que también las peculiares y propias para el buen desempeño del mismo. Pídaselas Vd. en su continuada oración y no se las negará, contando a la vez, como Vd. puede contar, no sólo con mi pobre consejo, sino con el de los ilustrados y celosos sacerdotes puestos a la inmediata dirección de Vds.

Obrando en conformidad a esto, y siguiendo el espíritu de la Regla y Constituciones aprobadas por la autoridad de la Iglesia para esa Institución de Hermanitas, no dudo que Dios y su Madre Inmaculada bendecirán a ésta, harán que se desarrolle y prospere, y produzca los frutos de caridad cristiana que nos prometimos.

Recomiéndeme Vd. a las oraciones de todas y de cada una de esas Hermanitas, asegurándolas de mis humildes votos al Señor en su obsequio, con los especiales que queda haciendo por Vd. su atento Capellán.

Saturaino Lopez Novoa

3 HOMILÍAS DEL PADRE FUNDADOR PARA LA FESTIVIDAD DE SAN LORENZO (10 DE AGOSTO)

Año Título

1862 *Invicto Mártir San Lorenzo*

1863 *Glorioso Mártir San Lorenzo*

1870 *San Lorenzo Mártir*

INVICTO MÁRTIR SAN LORENZO ¹

"Humilem spiritu suscipiet gloria."

"El humilde de espíritu obtendrá honores." Pr 29, 23

Ilustrísimo Señor:

Si en sentir del angélico doctor Santo Tomás, Dios proporciona sus gracias y los dones sobrenaturales corresponden siempre a la excelencia y santidad de aquel estado a que tiene a bien destinar las criaturas ¿cuáles serían las felices disposiciones con que adornara en sus principios a aquel Patriarca de la ley antigua, nacido al mundo para ser Padre de un gran pueblo, para ser colmado de bendiciones y para que de su linaje saliera el remedio de todo el género humano? ¿Cuáles las de aquel hijo de Isaac a quien Dios había escogido para que en su descendencia se cumplieran sus promesas especialmente las que miraban a la venida de su Unigénito? Cuáles las de aquel hijo de Amram quien viendo la luz del mundo para ser entregado a las corrientes del Nilo es conservado por la divina Providencia para ser cabeza de su pueblo y obrar por su medio los prodigios más estupendos?

¿Cuáles... pero a dónde voy, Señores? ¿A qué multiplicar ejemplos cuando a mi vista se ofrece un Lorenzo? ¡Ah! él solo es suficiente para llenar el cúmulo de nuestros deseos en esta parte. ¿De qué bendiciones no adornaría el Omnipotente Dios el alma de aquella criatura destinada por Él, para lucir en algún tiempo, cual antorcha reverberante de luz, en el campo de la Iglesia, para ser ensalzada en el jardín místico de la Esposa de los Cánticos cual el cedro y el Líbano del desierto, para ser el instrumento de obras estupendas y maravillosas como la conversión de pecadores, la confusión de la incredulidad, la victoria sobre las pasiones, el triunfo de la Religión Sacrosanta? ¿De qué bendiciones no sería colmado por el poder divino quien desde la eternidad estaba ya elegido para ser en el siglo III el candelero de oro que había de lucir ante la presencia del Señor, el frondoso olivo plantado en la margen de los ríos, el ángel que había de anunciar la paz a Israel y el Serafín que sus alas había de cubrir el arca de

¹ Patrón de Huesca, pronunciado en la parroquial de dicho Santo de la expresada Ciudad en el día de su solemne fiesta, 10 de Agosto de 1862.

la alianza? ¡Ah! Muchas y grandes fueron en verdad y, tanto, que le hicieron arribar al grado más alto de perfección como me propongo evidenciaros.

No creáis que al dar principio a la historia de este joven Samuel es mi intento fijar la consideración en la primitiva época de su vida angelical, el ponerlos de manifiesto las tiernas emociones que sentía su alma candorosa, aquella pureza de corazón que, hija de los sentimientos más nobles, le prestaba a nuestro Santo la paz y tranquilidad de espíritu, que doblegando las pasiones y poniendo a nuestra razón en armonía con Dios, nos hace disfrutar aun en esta vida de una felicidad anticipada, aquel retraimiento del mundo, aquel amor a la virtud, pronósticos todos inconcusos que revelaban la grandeza de santidad a que había de arribar y el ensalce que llegaría a merecer el hijo de los humildes labradores Orencio y Paciencia, a quien esta ciudad insigne tuvo la dicha de ver nacer en su seno.

Repetidas veces, me consta, haberos ampliado estas y otras cosas distinguidos oradores que en este sagrado lugar han precedido, al que aunque indigno y de más escaso mérito que aquellos, se honra con dirigiros hoy la palabra. Por tanto, pasándolas en silencio, solo entraré a analizar los hechos de Lorenzo desde aquella época de su vida donde dejó brillar con más extensión la virtud de la humildad que tanto le distinguió.

Pocos años en verdad contaba Lorenzo, cuando firmemente persuadido de que, acaso en medio de la perversidad del siglo, pudiera peligrar su inocencia, temiendo cual otro Jonatan probar la miel del camino, esto es, la aparente dulzura en que va envuelto el vicio, animado del celo de la religión y decidido a consagrarse todo al servicio del Señor, busca un lugar de asilo y de refugio, corre veloz en pos de la virtud y abandonando la Babilonia soberbia, encuentra su elevación en la humildad del retiro. A semejanza de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, así como otros, deja su casa, parientes, amigos y herencia por seguir a Jesucristo; todo lo renuncia por amor a éste.

No penséis que al hablaros del retiro del mundo de Lorenzo, quiero daros a entender que lo buscara en los desiertos y soledades cual Pablo el ermitaño Pacomio y Antonio, en los claustros cual Pedro de Alcántara, Tomás de Aquino y otros, no, nuestro Santo llamado por Dios para servir de ejemplo de humildad a los demás hombres, y no tan solo para santificarse, sino para santificar a los demás, inclina su voluntad a un lugar que, si bien lo separa a larga distancia del de su nacimiento, no le priva del trato de sus semejantes.

Roma, a esta nobilísima ciudad, capital del mundo católico es a donde es llamado nuestro Santo, aquí es donde principia su vida ejemplarísima con la práctica de las virtudes, donde el cielo hace derramar sobre él sus bendiciones y en donde tienen cumplido efecto las palabras del Apóstol: "Vivid en el mundo, pero cual si no fuerais de él". Así lo realiza Lorenzo, siendo la admiración de todos. ¡Qué silencio! ¡Qué vigiliass! ¡Qué ayunos tan rígidos y sin interrupción! ¡Qué mortificaciones tan penosas emprende desde el principio de su carrera

cristiana! El espíritu de oración progresa por instantes en aquel Joven Samuel, avivando el Altísimo el fervor de su vocación con infinitas bendiciones que le prepara. Jamás se vio virtud más consumada, desasimiento más absoluto de lo terreno, mereciendo en poco ser propuesto cual modelo de perfección religiosa, que de tal suerte lo iba elevando su humildad.

Que prueba acaba de dar Lorenzo a los fieles adoradores del mundo, que marchando es pos de sus fútiles apariencias y doblando su rodilla ante la belleza de objetos caducos, reman cual reptiles sobre su superficie, sin elevar sus ojos al término que debieran ser sus aspiraciones. Terrenos en sus acciones, no gustan sino el sabor de las cosas de la tierra, osando acercar a sus labios el suave néctar de las celestiales. ¿Y aspiran por este medio a ser felices? ¡Vana Ilusión! La felicidad no se encuentra en la conversión hacia el mundo, se halla en la vuelta hacia Dios. Aquí es donde nuestro Santo la busca, y por esto, apartándose de la bulliciosa Babel, abraza el retiro, pues sabe que al Esposo no le halló su amada en las plazas y calles y sí tan solo en las afueras de la ciudad, en la soledad, en la abstracción. Pero no era justo que Lorenzo, así dispuesto ya su corazón y con virtud tan sobresaliente, estuviese oculto, (digámoslo así) por más tiempo. Convenía que este nuevo precursor, así preparado en el desierto, hiciera sus dotes excelsos en beneficio de los hombres.

En efecto, la obediencia, salvando su inseparable humildad, le impone el precepto de recibir de manos del Pontífice San Sixto las Sagradas Órdenes, confiriéndole con ellos la dignidad de Arcediano, empleo que le constituía el primero de los Diáconos de la Iglesia Romana. Apenas se halla investido de tan sagrado carácter, emprende el ejercicio de su Santo Ministerio, y llega a inflamarse de un celo tal por la casa de su Dios, que ya no sólo parece un Ángel de pureza, sino un Serafín abrasado en amor divino, cuyo fuego ardiente en su corazón, resaltaba en las vivas llamas en que reverberaba su semblante.

La refulgente luz que despide su cándida frente disipa las tinieblas esparcidas por el Dragón infernal sobre los pecadores, y el torrente de sabiduría que brota por su boca arrebatada en pos de sí a los más enormes criminales, conduciéndolos al arrepentimiento y al camino de salud. Los hombres más inaccesibles se conmueven con su ejemplo, los fieles se entusiasman en su religioso fervor, le admiran, le aplauden, quieren ensalzarle... pero nuestro Santo solícito tan solo por la gloria de su Dios, busca en su humildad extraordinaria la verdadera elevación. Cual otro Samuel penetra lo más interior de las conciencias, cual otro Isaías predice los futuros, revelando a unos el funesto decreto de su muerte y anunciando a otros los sucesos más prósperos y favorables. Semejante al cordero del Apocalipsis abre el libro de los siete sellos, comprende los más altos pensamientos y descubre las verdades más impenetrables.

¿Me será fácil explicar a Lorenzo en todos los pasos de su vida?

Forzoso es que vuestra imaginación supla la flaqueza de mis palabras y que os figuréis todo aquello que mi entendimiento no alcanza a explicaros. Sí, imaginaos un celo discreto sin

cobardía, afable sin ser condescendiente y universal que se extiende a todos los estados y abraza a todas las personas, un celo, en fin, semejante al del Apóstol, que se hacía un todo para todos, para ganar a todos para Jesucristo: Omnibus omnia factus, sum ut omnes facerem salvos².

Pero jamás en medio de tanta elevación llegó ni por un solo momento a eclipsarse la virtud de la humildad que tanto le distinguió. Antes, por el contrario, haciéndole ella considerar su propia vileza y nada, era causa de que ni la honra le levántese, ni el aplauso y alabanza le envaneciesen y sí de que resplandeciesen en él otras varias virtudes de que estaba enriquecido y que llegaron a formar el complemento de su perfección. Hablo de aquella paciencia en las adversidades, perseverancia en los trabajos, de aquella fe viva, esperanza firme y caridad sin límites, de aquella suavidad para con todos, severidad y rigor para consigo mismo. Hablo... y no quisiera molestar vuestra atención piadosa. Desearía no omitir nada, más no es posible, dado el limitado tiempo concedido a esta clase de discursos. Por tanto, condenando al silencio hechos y circunstancias que, si bien no son de la mayor significación, no por eso dejan de honrar altamente a ese héroe de la Cristiandad concluiré su panegírico indicando el glorioso triunfo que llegó a coronar el fin de su santa carrera en esta vida.

Ya hacía tiempo que, a Valeriano, Emperador de Roma, y quien tanto se distinguió por la bondad con que trataba en sus principios a los cristianos, como por la crueldad bárbara con que después les persiguió, no se ocultaban las raras virtudes de nuestro esclarecido Lorenzo. Llegó por fin el día en que había de dar satisfacción a sus inicuos deseos y los no menos brutales de su bárbaro consejero Mariano, quienes consiguientes al infame Edicto que habían hecho publicar decretando el exterminio de todos los cristianos del Imperio, principian la ejecución en Roma por el Sumo Pontífice Sixto, a quien sin respeto a su ancianidad y sagrado carácter, cubren de hierro en la cárcel Mamertina.

Que impresión produciría en el ánimo de Lorenzo tal medida, no es posible describirla. En el momento que llega a él la noticia, corre veloz a la mansión del venerable anciano y, postrado a sus pies cual lo estuviera el discípulo amado a los de Jesucristo en el Gólgota, hácele mil y mil protestas de que, identificado como lo había estado en vida con él, era necesario lo estuviese también en la muerte, no siendo otros sus deseos que compartir con Su Santidad la gloria del martirio. ¿Y qué cosa más natural, Señores, que el hijo siguiese al Padre, el ministro al gran Sacerdote? Pero, acatemos los altos juicios del Señor y adoremos sus sabias disposiciones. La vida de Lorenzo es todavía necesaria a la Iglesia, le resta llenar un importante cometido, cual es la distribución en limosnas del valor de los vasos sagrados confiados a su fidelidad, según instrucciones que recibe del Pastor moribundo, y hasta no ejecutarlo, no puede seguir a éste en la carrera del martirio. La humildad de nuestro Santo se

² [1Co 9,22: "Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos."]

resigna, obedece e imitando la conducta de aquel joven que nos ofrece San Mateo, a quien Jesús le dijo, distribuyese a los pobres todo cuanto poseía y después le siguiese, no duda en practicarlo así Lorenzo, sirviendo esto para irritar más y más la soberbia de Valeriano y de motivo para que éste acelerase el logro de los ardientes deseos de aquél, pues le condena a los más bárbaros padecimientos y, por último, a morir víctima de las llamas, tendido sobre una parrilla. Tal era el fin que estaba reservado a aquel inocente Abel, quien desde su más tierna infancia visteis ofrecer sus humildes dones al Señor, aquel Josías cuyo celo por la casa de Dios y restauración del culto divino es tan justamente celebrado en las santas páginas de la Escritura, y por último a aquel obedientísimo Isaac que siguió a su Padre hasta el monte del Sacrificio, mereciendo por abnegación tantas copiosas bendiciones del cielo. ¡Gracias te sean dadas, adorable Omnipotencia de mi Dios, que así te complaces en ensalzar a los humildes, valiéndote de la flaqueza y miseria para confundir a los poderosos del siglo! Gracias te sean dadas a ti también, esclarecido Mártir, que ilustrado con la luz del cielo, seguiste humilde a un Dios humillado, guiado por los sentimientos que te inspirara una religión mucho más misteriosa que los enigmas de los Egipcios y Caldeos, más fuerte que la idolatría de los paganos, más santa que el culto de los Judíos, más hábil que la elocuencia de los Griegos..., infinitamente más grande, estable y más segura de su inmortalidad que todas las religiones falsas del mundo.

Pero basta, Señores, era debida la corona del combate al que legítimamente había peleado, el ensalce a quien había conquistado la elevación por medio de una humildad acendrada, como habéis oído y os propuse: Humilem spiritu suscipiet gloria. ¿Más creeréis acaso que por haber muerto Lorenzo al mundo concluye su memoria en las barras de hierro candente? No, de ningún modo, antes por el contrario, da principio a una nueva era dichosa. Termina la humildad de Lorenzo y principia la elevación con su martirio, que es la trompeta que publica su fama por todo el orbe, y fama que hará tan público su nombre después de la muerte como oculto estuviera en vida. No, no, repito, Lorenzo no ha muerto para la Iglesia, vive y vivirá en sus fastos históricos, vive y vivirá en los templos levantados a su memoria, en los altares en que se le da culto, en los monumentos que se le han dedicado, en las respetables corporaciones y asociaciones, así eclesiásticas como seculares instaladas bajo su protección, vive y vivirá. Recorred el mundo todo católico y señaladme una sola nación, un solo pueblo, una Iglesia, donde no se respete y pronuncie con entusiasmo el nombre de Lorenzo.

Italia hace gloriosa vanidad de haber sido el teatro de su triunfo. Francia cuenta entre sus especiales honras la de reconocerle por uno de sus Patronos y, entre sus más estimables tesoros, la de poseer una parte de sus preciosas reliquias. España..., de intento, Señores, la nombro en último lugar... España ¿qué puedo yo decir de ella con respecto a Lorenzo? ¿No le tiene consagrado ese preciosísimo y colosal monumento del Escorial, maravilla del mundo,

admiración de propios y extraños, obra maestra del arte, que la piedad de nuestros Reyes tiene elegido para panteón de sus cenizas? ¿No se gloria de contar entre sus ciudades a esta nobilísima de Huesca, por haber dado cuna a tan ilustre Mártir? Sí, esclarecida Ciudad Oscense, tú eres una de las más privilegiadas de la nación Ibérica, porque Lorenzo te ha conquistado una de las mejores coronas de gloria, que otras no pueden menos de envidiarte. De las mejores coronas he dicho, porque ni tus antiguos laureles, ni tus veneradas tradiciones, ni tus bellas páginas históricas pueden tener comparación con la gloria que te da Lorenzo. Aquellas pueden llegar a desaparecer, como de hecho han desaparecido algunas, pero la de Lorenzo será inmortal, identificada con él y siempre serás nombrada y ensalzada, donde quiera que se nombre y ensalce a tu santo hijo y Patrono. ¡Cuántos Oradores Católicos no te recordarán en este día! Y en vista de esto, ¿qué otra cosa te corresponde que vivir agradecida a quien tanto debes? Y cómo lo harás mejor que aumentando, de día en día, tu devoción a ese Santo que siendo celosa por su culto? Acude pues en este día solemne ante sus aras y ofrécele tus hijos, pidiendo para ellos por medio Lorenzo, las bendiciones del cielo. Sí, todos, con humildad de corazón postrémonos ante ese invicto Mártir, pidámosle la fortaleza en nuestra fe, la adquisición de virtudes, la gracia espiritual para nuestras almas, la humildad en vida para que, como él, nos veamos ensalzados en la hora de la muerte y pasemos a disfrutar el premio eterno de la gloria. Amén

Saturaino Lopez Obispo



GLORIOSO MÁRTIR SAN LORENZO ³

"Exivit vincens ut vinceret."

"Salió como vencedor, para seguir venciendo." Ap 6,2

¡Vencedor! Ved aquí Ilustrísimo ⁴ Señor, la palabra que forma y ha formado en todas épocas el elogio de millares de almas aguerridas que, luchando en diversos sentidos en defensa de intereses más o menos dignos, lograron contra sus enemigos triunfos que les valieron un nombre ilustre en las páginas de la historia de la humanidad.

Vencedor, te llamaré yo también Santo mío, hoy que, aunque indigno de tanta honra, me veo comprometido a ser el panegirizador de tus gloriosos triunfos ante este respetabilísimo e Ilustrado auditorio. ¡Oh! que no poseyera la elocuencia de los Crisóstomos y la profundidad de los Basilio, la sabiduría de los Jerónimos y la erudición y energía de los Agustinos... Entonces sí que podría prometerme éxito favorable en tan ardua empresa, pero destituido de tales cualidades y falto de condiciones oratorias ¿qué podré yo decir que sea digno de vuestra esclarecida persona? No obstante, confiado en el auxilio divino, a la vez que, en la indulgencia de mis oyentes, trato de proponeros a la consideración de estos como modelo de virtud heroica, con la que logrando hacerte superior a los lazos de la sangre y de la patria por ir a servir y defender los intereses de la Religión, venciste a los tiranos y perseguidores de esta, muriendo generosamente antes que abjurar sus creencias. La virtud hizo triunfar a Lorenzo del mundo, de la carne y el demonio, para ser coronado con la palma de vencedor en los cielos.

Exivit vincens ut vinceret.

³ Hijo y Patrón de Huesca, predicado en la Iglesia parroquial de dicho Santo de la Ciudad de Huesca, en el día 10 de Agosto en que esta celebra su festividad por el Doctor Don Saturnino López Novoa, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de la misma. 1863.

⁴ Con asistencia del Ilustrísimo Señor Obispo, Cabildo y Autoridades.

La prenda más estimable que puede poseer el hombre en este mundo creo no ser otra que la virtud. Esta es el signo característico que distingue a unos hombres de otros, ésta la antorcha que le guía por el camino de la perfección, el arma invencible con que postra a sus enemigos, el medio con que logra el éxito feliz en sus tareas, la que le da superioridad sobre los demás y la que, colmándole de felicidad en vida, le hace poseedor después de la muerte de una imperecedera gloria. De gloria digo, Señores, porque en el sepulcro del hombre todo queda entregado a un eterno olvido a excepción de la virtud. Las riquezas, los honores, los altos títulos marchan veloces es pos del último aliento de vida, y disipados quedan, cual nubes débiles de humo. Solo la virtud es la que permanece, haciéndole cobrar al ser humano una segunda vida. Tal es la idea que tengo formada de la virtud, sí, de esa preciosa joya que habiéndola llegado a poseer nuestro Santo desde sus primeros años y conservándola hasta el último momento de su vida forma el carácter de un verdadero hijo, celoso discípulo del pontificado, amante y celoso de los intereses de la Religión, por cuya defensa renunciando al mundo y la carne, renunció con abnegación heroica a su propia vida, cuya preciosa existencia inmoló en aras de la tiranía, conquistándose así el título glorioso de vencedor Ilustre, con que justísimamente le honra el cristianismo. Así le veréis en la breve reseña que desde la historia nos ha llegado...

Corría el siglo III, siglo en que la barbarie y crueldad ocupaban el primer lugar, en que iba acrecentándose más y más la saña contra todos los que recibían el nombre de cristianos, en que la doctrina de Jesús era escarnecida y calificada de blasfema e impía a impulso del feroz carácter de los Emperadores romanos, enemigos acérrimos de los hijos de la naciente Iglesia, cuya opresora tiranía se dejaba sentir en las naciones todas y, muy particularmente en aquellas en que, como nuestra España, hacía tantos progresos la doctrina evangélica, cuando el cielo se dignó dar una prueba de su especial providencia para con esta ciudad de Huesca, concediendo al venturoso matrimonio de los honrados y humildes labradores de la misma, Orencio y Paciencia, un nuevo fruto en la persona de su hijo Lorenzo. Cómo sería cultivado este tierno arbolito por la mano diestra de sus religiosos padres, lo manifiestan claramente aquellos tempranos frutos de virtud y santidad que principió a dar en sus primeros años ¡Qué candor e inocencia en su alma infantil! ¡Qué pureza en sus intenciones! ¡Qué propensión tan decidida a poner en práctica las lecciones cristianas en que se le iba imbuyendo! ¡Qué...! ¿pero cómo poderos describir la belleza de los primeros crepúsculos de ese astro, lo precioso de los primeros pasos de su carrera? Casi me alegro de que la historia enmudezca acerca de la infancia de Lorenzo, porque así, pasándola yo también en silencio, pueda presentároslo desde luego en el teatro de sus triunfos.

2º.- A la manera que cuando un rayo lanzado por la tempestad en medio de un espeso bosque, si llega a incendiar las ramas secas de la vieja encina no hay medio de contener los efectos del fuego, que impulsado por el viento todo lo reduce a pavesas, así también cuando el

fuego divino se apodera de un alma a quien un amor celestial sirve de alimento, imposible es poner límites a sus grandes deseos de comunicar a todo el mundo sus propios sentimientos. El Altísimo había arrojado al corazón del joven Lorenzo un rayo abrasador que le consumía y le hacía entregarse completamente al servicio de un Dios, a quien tanto debía, y era todo su anhelo, su celo por los intereses de la Religión, tal que, animado del espíritu que caracteriza a los verdaderos discípulos del Señor, se resuelve a abandonar su patria y emprender viaje a Roma, considerando a esta Ciudad como centro de aquélla. ¡Ah! pero, ¿es posible que Lorenzo rompa unos vínculos que tan fuertemente le unen a este su suelo natal por ir a un suelo extraño en donde solo le es dado esperar trabajos y privaciones sin cuento? ¿Habrà de cambiar una tierra llena para el de encantos y sembrada de dulces recuerdos, por otra que no le ofrece sino horribles esperanzas? ¿Podrà abandonar un cielo que le sonrìe, bajo el cual respira el primer aire de la vida, recibió los primeros ósculos del amor maternal, en donde lee gravados los nombres de los autores de su existencia, de los amigos de su infancia y de los objetos más caros a su corazón, para pasar a donde no ve más que un horizonte amenazador, tormentos y muerte? ¡Lucha terrible! ¡Combate fuerte para su alma joven que todavía no ha conocido más que las delicias del hogar paterno! Con todo, la fe que arde en el pecho de Lorenzo, la virtud sobresaliente que posee, es superior a los gritos de la carne, a los latidos de la sangre, a los atractivos del mundo. Jesucristo es preferible para él a todas las cosas, la religión más preciosa que todas sus esperanzas, más que sus padres, más que su patria, más que su vida misma. Si algún objeto puede excitar su ambición en este mundo es la palma del martirio. ¿La despreciará cuando interiormente se ve llamado por el Señor a conseguirlo? No, no, Lorenzo no vacilará un instante y obediente a la voz divina, cual otro Abraham, dejará su tierra para pasar a la que Dios le señala, cual otro Moisés el monte Horeb para presentarse ante el inicuo Faraón y las orillas del mar de Galilea con la presteza que Pedro y Andrés por seguir a su divino Maestro. Así lo hace, en efecto, y saliendo de Huesca vencedor de sí mismo, de la carne y del mundo, se dirige armado del báculo prodigioso de la Providencia hacia la Ciudad de los Césares, donde pronto le veremos aprestado a vencer en un nuevo teatro a la idólatras, a las maquinaciones de Satanás.

3º.- Roma, ¡tierra feliz!, saluda con entusiasmo a ese huésped oscense que llega a visitarte, no arrastrado de una innoble codicia, no a explotar tus tesoros, no con pretensiones viciadas, sino lleno de caridad y de celo que viera aumentar con su humilde persona el número de tantos dignos defensores de la doctrina cristiana como encierras dentro de tus siete colinas, que viene a trabajar en bien de la salvación de tus hijos y a hacerte heredera de la gloria inmortal que ha de darte su nombre. En verdad, una vez llegado Lorenzo a la capital del cristianismo, da principio a su vida ejemplarísima con la práctica de las virtudes todas. Enterado de la terrible lucha empeñada entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, de la honrosa persecución que se hace a los amantes del Crucificado, se prepara, cual otro Jonatán, para el

combate, fortaleciendo su espíritu con la oración asidua y castigando su cuerpo con la más rigurosa penitencia. Así preparado, viéraisle presentarse en donde quiera que haya ocasión de ejercitar su ardiente celo, exhortando a unos a la perseverancia en la fe, animando a otros en medio de los peligros y derramando en todos el dulce bálsamo de la caridad. Virtud tan singular y extraordinaria no podía menos de darse a conocer y ser admirada, y así es que los fieles de la Ciudad Santa no tardaron en descubrir el mérito de aquel extranjero. Pero quien más lo sondeo fue el Pontífice Sixto, que acaba de ser sublimado a la silla de San Pedro y quien, encantado tanto como asombrado, de la inocencia y raros talentos del joven español, le confirió, según afirman San Agustín y el Crisólogo, las Sagradas Órdenes, y con ellos la dignidad de Arcediano, la que le constituía el primero de los Diáconos de la Iglesia romana.

4º.- No me detendré en referir la integridad con que Lorenzo llenó este espinoso cargo, que exigía la prudencia más consumada, la más intachable pureza, una caridad a toda prueba, una vida en fin más bien de Ángel que de hombre. Ni le presentaré como un Ecónomo incorruptible de los tesoros de la Iglesia a quien estaba confiada la custodia de los vasos sagrados, así como la distribución de las ofrendas a los fieles, misión que llenaba con la mayor escrupulosidad. No diré que era un Samuel fidelísimo en la asistencia al Santuario, el apoyo más firme de la Religión, el sostén del anciano Elí, como asociado a la elevada persona del Papa y su compañero inseparable en la celebración del augustísimo misterio del altar. Sólo sí, que revestido que fue de tan sagrado carácter, emprendió el ejercicio de su Santo Ministerio inflamado de un celo tal por la casa del Señor, que no sólo parecía un Ángel de pureza, sino un Serafín abrasado en amor divino. Las palabras de fuego que salían de sus labios, reanimaban los espíritus abatidos y débiles, eran como las de Elías, ardientes teas que, a la par que encendían los pechos de los fieles en amor de Jesucristo, llevaban el terror a los adoradores de Baal, eran como la honda de David con que destrozaba los soberbios gigantes del error y ponía en derrota los enemigos del arca santa, eran como los cabellos de Sansón que burlaban los proyectos del sacrílego Filisteo...

Vos lo visteis, Dios mío, vos visteis con qué ardor defendía los derechos de vuestra soberanía ultrajada, con qué decisión se oponía a los desmanes del proselitismo pagano, con qué heroísmo hacía frente a los peligros. Vos sabéis las felices conquistas que hizo entre los mismos idólatras. ¡Ah, y cuántos no pudiendo resistir a la fuerza de la verdad que Lorenzo presentaba bajo las formas más seductoras, desertaron de las banderas del politeísmo y se hicieron ardientes defensores del culto de la Cruz! Ciñe enhorabuena, ¡Oh, insigne Levita, la diadema de vencedor!, pues que así supiste triunfar de la idolatría, confesando sin temor la divinidad de Jesucristo y vas a completar tu triunfo, venciendo a la tiranía con una muerte generosa en defensa de tus creencias... Exivit vincens ut vinceret.

5º.- La muerte de los Mártires siempre fue mirada como una verdadera victoria. El que a trueque de no mancillar su honor y, lo que es más, su fe y su alma, sabe despreciar una vida a

que le ligan intereses los más caros y por cuya conservación luchan sin cesar los instintos de la naturaleza, es en todos conceptos un héroe de la veneración más profunda. Y tanto más sube de punto el heroísmo y tanto mayor el mérito del valor, cuanto más difícil la lucha y más arriesgado es el triunfo. Sabida es la crueldad que empleó el furor pagano para obligar a los cristianos a abjurar sus principios, pensando vencer con el prestigio de sus envejecidas supersticiones, echó mano de la seducción, creyendo triunfar con el ascendiente de su poder, apeló a la violencia, pero la violencia y seducción quedaron ignominiosamente vencidas por la fortaleza sobre humana de unos seres en quienes combatía la gracia, probándose así cuan vana es la lucha del hombre contra Dios, del error contra la verdad. Bastará fijarnos tan solo en el misterio del invicto San Lorenzo, para convencernos de nuestro aserto.

Tres años hacía gobernaba Valeriano en Roma sin que hubiese mancillado la diadema imperial con sangre cristiana, cuando de repente lanza el grito de persecución a muerte contra todo el que no ofreciese incienso a los ídolos. Los Ministros del Santísimo son el principal objeto de aquel Edicto sanguinario y el Pontífice Sixto una de sus primeras víctimas, siendo aprisionado en la cárcel Mamertina. Y he aquí, Señores, lo que dio motivo al triunfo de nuestro Santo Levita. No podía ser a este extraño, no podía mirar con indiferencia, siendo el primer Diácono de la Iglesia Romana el sacrilegio tan horroroso cometido por la impiedad en la venerada persona del Sumo Sacerdote, con quien se hallaba identificado en ideas y sentimientos. Preciso era, pues, que mirando como propia la causa de éste, se decidiera a seguirle en la suerte que le cupiese.

Así es que, tan luego como Lorenzo es sabedor de lo acaecido, corre presuroso a la estancia lúgubre donde se halla oprimida la ancianidad venerable del Pontífice y postrado a los pies de éste, renuévale las protestas de adhesión y constante fe, manifiéstale su decidida voluntad en compartir las heces del amargo cáliz que permite el Señor se le ofrezca y sus deseos en asociarse a la gloria del Martirio. Expónele... ¡pero no, no debo abusar de vuestra indulgente atención, deteniéndome en referiros aquel diálogo conmovedor y tierno que mediara entre el padre y el hijo, el maestro y el discípulo, entre el ministro y el Sacerdote. Corramos un velo a escena tan triste, dejemos al obediente Abraham que, gozoso en su Dios, camine en paz al monte del sacrificio, al anciano Simeón que vea contento la gloria del Señor y, fijándonos únicamente en el Diácono Lorenzo, admiremos la fortaleza con que se prepara para el combate de los más rudos que se registran en la historia.

6°.- Despertada la ambición de Valeriano con la noticia de que nuestro Santo era el custodio de los vasos sagrados y ornamentos concernientes al culto divino y del depósito que de los mismos había hecho en manos de los fieles, es mandado comparecer a su tribunal. Llegada es la hora de la lucha. La víctima está ya en presencia del sacrificador. ¡Qué contraste! De una parte, la soberbia romana, de otra la humildad cristiana; allí la tiranía escoltada por la fuerza, aquí la virtud desvalida y amenazada ¡Cielos! ¡qué desigual es la pelea! ¡Oh genio

celestial que asistes a los combates de los héroes cristianos, desciende de tu alta cumbre y pon en los labios de Lorenzo palabras de Verdad! ¡Más el tirano habla ya... escuchémosle...! "Estoy informado ser tú el depositario de las riquezas de vuestra Iglesia... hácese forzoso me entregues esos tesoros que el Estado reclama con urgencia para satisfacer a las necesidades públicas. Ninguna excusa es admisible en este punto. Muestra pues, con la obediencia a las leyes del Emperador, que los Nazarenos sabéis observar prácticamente lo que enseñáis con vuestros discursos". ¡Exigencia fuerte! ¡Situación crítica la de Lorenzo! Pero no, la serenidad de su ánimo no se turba, promete satisfacer completamente al mandato, y sólo pide la tregua de tres días para realizarlo. La gracia se le otorga y Lorenzo vuela a los asilos de mendicidad, reúne un crecido número de pobres y en el día designado, puesto al frente de ellos, se presenta al Prefecto diciéndole: "He aquí los tesoros de nuestro Dios... Aquí tenéis nuestros bienes, aceptadlos si gustáis.

Pronunciar estas palabras y aparecer ante la vista del valeroso Diácono los más horrorosos instrumentos que pueda inventar la crueldad con el objeto de reducirlo al sacrificio de los Dioses, todo fue uno. Pero el joven Levita, lejos de intimidarse, se siente poseído de nueva fuerza, de suerte que ni los escorpiones, ni las planchas candentes, ni el potro, ni las aceradas uñas que se aplican a sus carnes, nada es capaz de hacerle enmudecer ni desistir. Roma admira un espectáculo nunca visto hasta entonces, el valor español que había pasado a ser un proverbio entre los descendientes de Numa, adquiere un singular renombre a vista del heroísmo de Lorenzo en quien parecía agotarse los tormentos sin disminuir la constancia de su alma, constancia que obliga al tirano a inventar un nuevo suplicio de que no se había hecho experiencia. No os horroricéis, A.M., Lorenzo es tendido en unas parrillas de hierro, donde asado su cuerpo, exhala el último suspiro, volando su alma al eterno Empíreo.

¡Ángeles del Señor! ¡Coro de los Mártires! ¡Justos, todos de la Sión celestial!, entonad cánticos de júbilo al Dios que os preside por la incorporación a vosotros de ese Ilustre Vencedor que sube de la Militante Iglesia y cubierto de palmas y laureles os saluda. Mientras que aquí en la tierra recogemos los carbonizados restos de su cuerpo que serán siempre baldón eterno del Imperio de los Césares Romanos, así como precioso recuerdo del más glorioso de los triunfos para los hijos del cristianismo. Así acabó su carrera en esta vida aquel conciudadano vuestro a quien la virtud sacó de este su suelo natal vencedor de la carne y el mundo, para hacerle triunfar de la tiranía y del demonio en la ciudad de su martirio, elevándole así al digno mérito de un puesto distinguido en la gloria: Exivit vincens, ut vinceret.

Llor y prez al héroe español, al esclarecido Oscense, honor de Roma y orgullo de la iglesia universal. ¡Honra y gloria al ilustre vencedor del paganismo, al prodigio mayor de fortaleza que el mundo cuenta en sus anales! Tal le aclaman los dieciséis siglos que con voz unánime vienen celebrando su portentoso triunfo... Tal le aclaman los más bellos y sabios ingenios que ha conocido la literatura cristiana... Tal los suntuosos templos que, donde quiera,

abundan consagrados a su culto... ¡Templos dije! Habla tú, Roma, que atesoras las más preciosas reliquias de este insigne Mártir bajo las augustas bóvedas de esa gran basílica que se honra en el número de tus siete patriarcales. Habla tú, Francia que, en Lión, en Puy, en San Dionisio y en cien otros lugares veneras estas reliquias de Lorenzo con un entusiasmo que sobrepuja a la rivalidad con que nos has disputado la gloria de su cuna. Habla tú... mas, no, España basta para engrandecer el nombre de nuestro Santo, ofreciendo a la vista ese templo y Monasterio del Escorial, preciosa maravilla del arte, dedicado por un príncipe español a la memoria del Santo Levita en justa gratitud de la victoria de San Quintín, obtenida por nuestras armas el día de su festividad. Pero aun cuando así no fuera, sola tú, ¡Oh, Huesca!, feliz madre y cuna de esa familia Santa, serías suficiente para celebrar la fama del más esclarecido de tus hijos. Sé constante en perpetuarla con el distinguido culto que vienes dando a Lorenzo y solemnísimo en este día por medio de esa antigua y noble hermandad que, en hacerlo así, se siente con religioso orgullo. No olvides nunca lo mucho que le debes y que suya es toda tu gloria, ni te contentes con ser admiradora de sus virtudes sobresalientes, de sus hechos heroicos..., es necesario algo más, es necesario que tus hijos se esfuercen en imitarle. Sí, trabajemos todos por participar de su triunfo. Desde el solio que ocupa en la región feliz de los inmortales nos llama así y nos incita a pelear, a ley de valientes, contra el poder del abismo ¿Y por qué no hemos de hacerlo? ¡Oh! mengua y baldón de un país de héroes, ¿degeneraremos de esa grandeza de ánimo tan proverbial entre nuestros mayores? ¿desmentiremos su fidelidad a las cristianas tradiciones, y su constancia en conservarlas en medio de los mayores peligros y a través de las repetidas invasiones de tantos pueblos infieles y a despecho de la prolongada dominación del islamismo y bajo el yugo Sarraceno? ¡Ellos tan fuertes y nosotros tan débiles! ¡Ellos tan temerosos y nosotros tan tibios! ¡Ellos tan generosos y nosotros tan egoístas! ¡Ellos tan pródigos de su vida y de su sangre para conservar ilesos sus principios y sin mancilla su conciencia y nosotros tan fáciles en hacer traición a ésta y en renunciar a aquéllos por no privarnos de los goces transitorios de este mundo! ¿Somos católicos? Si así es y de ello nos gloriamos, ¿cómo explicar tanta cobardía, tan poca fe, tan poco o ningún aprecio de nuestras esencias? ¡Ah! levantémonos pronto de esa postración en que nos tienen las modernas doctrinas y esa indiferencia que desde el último siglo viene engendrando la impiedad filosófica. Restauremos las ruinas de nuestra Iglesia y, animados con el ejemplo de nuestro compatriota, renovemos los bellos días en que la Religión se ostentaba entre nosotros tan fecunda en glorias y tan colmada de triunfos. No nos acobarde nuestra flaqueza, todo lo podremos con la gracia, todo nos lo facilitará la fe y amor de Jesucristo. Con estas armas venció Lorenzo y venceremos también con ellas nosotros, y como él nos veremos algún día coronados del laurel incorruptible en el paraíso celestial. Amén.

Saturaino Lopez Obispo

SAN LORENZO MÁRTIR ⁵

"Vita decessit non solum iuvenibus sed et universae genti memoriam mortis suae ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens."

"De este modo llegó a su tránsito. (No sólo a los jóvenes, sino también a la gran mayoría de la nación, Eleazar dejó su muerte como ejemplo de nobleza y recuerdo de virtud.)"
2 Macabeos 6,31

Ilustrísimo Señor:

El Señor había elegido a Lorenzo, cual instrumento al parecer débil, para hacer ostentación ante la faz del mundo pagano de la grandeza, verdad y excelencias de la Religión Cristiana, y lo consiguió permitiendo que en la persona de nuestro Santo se diese el ejemplo inimitable, el más raro y maravilloso hasta entonces conocido de virtud y fortaleza, cual prueba inconcusa de la santidad y verdad de dicha Religión. Por manera que, del Santo Mártir Lorenzo, objeto de la presente solemnidad religiosa, puede decirse muy bien, aplicándole las palabras del tema sagrado propuesto: "Pasó de esta vida, dejando a todos la memoria de su muerte como un monumento de virtud y fortaleza": *Vita decessit non solum iuvenibus sed et universae genti memoriam mortis suae ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.*

Consideremos pues a nuestro Santo bajo este aspecto y nos complaceremos en admirar en él una demostración viva y ostensible de los dos caracteres mas bellos que distinguen al cristianismo de los demás cultos. Lorenzo combatió por la virtud y triunfando de los vicios y abominaciones del paganismo, manifestó que su religión era entre todas la más santa. Lorenzo luchó por la fe y, prefiriendo morir antes que abandonar una sola de sus creencias, mostró que su religión era la única verdadera. Queda declarado el objeto de mi discurso. Quiera el Señor acierte a desempeñarlo, cual deseo, imploramos al efecto su auxilio mediante la intercesión de su Santísima e Inmaculada Madre, a quien saludamos, diciéndola: Ave María.

⁵ Predicado en la solemne función Religiosa dedicada a dicho esclarecido Santo en la Iglesia Parroquial de su nombre de Huesca el día 10 de Agosto de 1870.

Vita decessit non solum iuvenibus sed et universae genti memoriam mortis suae ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

Figuraos un joven de nacimiento humilde, quien sin otras lecciones que las que recibiera de sus virtuosismos padres, se encuentra a los pocos años con un corazón formado según el espíritu del Señor, todo entregado a las prácticas de la religión cristiana y poseído de un deseo vehemente en sacrificar hasta su vida misma, si fuese necesario, en defensa de la virtud, y tendréis la idea del carácter que distinguía a nuestro Santo en su primera edad. Con este antecedente, no ha de extrañaros, por cierto, el primer acto heroico que se le ve practicar, abandonando su patria, padres y familia por seguir la voz de Dios, que le destina a defender los intereses de la iglesia al punto donde más perseguida se encuentra, dirigiéndose a Roma, centro del soberbio y supersticioso paganismo. Sí, a Roma marcha este valeroso joven oscense, cual enviado del Dios de las batallas que va a luchar contra emperadores soberbios que le niegan sus adoraciones, para hacerlos doblar ante él sus rodillas, cual Jonás destinado a evangelizar a Nínive y a destruir sus errores, cual Josué señalado para humillar la pujanza de Amalec. A Roma va Lorenzo a presentar ante el mundo idolátrico el testimonio más brillante de la santidad de la Religión cristiana, ostentando el heroísmo de la virtud que ésta sabe inspirar a sus celosos defensores.

Respetables padres de Lorenzo, Orencio y Paciencia, comprendo la tristeza que angustiaría vuestro corazón al veros privados de un hijo tan querido cuando principiabais a disfrutar las delicias de su compañía. Conozco cuán sensible sería a los habitantes de esta ciudad ver alejarse de este suelo a un joven, modelo de hijos bien educados, dechados de virtud y santidad. ¡Más, ah! su partida pronto sería para vosotros motivo de indecible júbilo y verdadera alegría. Lorenzo marcha a Roma, pero para proporcionar un grande triunfo a la Iglesia, para cubrir de gloria a esta ciudad que le vio nacer.

En efecto, Roma era la que acaso necesitaba más a la sazón de un genio, de un varón esforzado en la virtud como nuestro héroe. El cristianismo tenía allí un enemigo cuyo odio era sólo comparable con su propia ferocidad. Avezado a la sangre cual insaciable elefante, sangre era lo único que apetecía y en verterla con profusión hallaba sus delicias. Cada vez que el Sol alumbraba aquella Ciudad era para ofrecer a su vista nuevos suplicios, nuevas víctimas, nuevas atrocidades. Lorenzo lo ve y su alma no puede manifestarse insensible a tanta crueldad. Contempla profanado el nombre augusto de Jesucristo, sin altares, sin templo, sin sacrificios, despreciada la ley, hollados los dogmas del evangelio, insultada la verdad y perseguida la fe y, encendido en celo santo por la causa de Dios, preséntase en público defendiendo la dignidad de Jesucristo, condenando la falsedad de los Dioses del paganismo y

mostrando con pruebas de hecho, que solo puede ser santa una Religión que sabe hacer frente a cuanto hay de más cruel para la naturaleza, en cuyo favor se multiplican los prodigios a quien la sangre no puede anegar y que triunfa en medio de la muerte. Viérase allí ofrecerse donde quiera que hallaba ocasión de ejercitar su virtud, exhortando a los unos a perseverar constantes en la fe, fortaleciendo a los otros en medio de los peligros y siendo para todos un genio providencial en quien hallaban consuelo, valor y cuanto habían menester en los más apurados trances. Con igual rapidez que el relámpago cruza de un punto a otro de la ciudad y siempre se encuentra al lado del que combate. Ora está en el tribunal de los Tiranos, ora en el lugar de los suplicios, ya en las prisiones donde yacen sepultadas las víctimas, ya en el oculto santuario donde se reúnen los fieles para disponerse a los tormentos. Tan admirable conducta no podía menos de interesar las simpatías de los fieles y en especial del ilustre pontífice Sixto II, quien desde luego forma de él un elevado concepto y le asocia a su persona, confiriéndole con las Sagradas Órdenes la dignidad de Arcediano, que le constituye en el lugar más eminente entre los Diáconos de la iglesia romana. Revestido de tan sagrado carácter, la virtud de nuestro Santo adquiere nuevas fuerzas y su espíritu enardecido más y más en el amor santo del Señor se encuentra dispuesto a sostener mayores combates y conseguir triunfos mayores. Seguramente yo no podré seguir a Lorenzo en la nueva y gloriosa campaña que emprende contra los enemigos de la Religión. A mí no es fácil expresar los inmensos bienes que la Iglesia de Roma reportó del celo de este esforzado Levita, y sólo podré deciros que excederá todo elogio el ardor con que defendió los derechos de aquélla, la decisión con que se opuso a los desmanes del proselitismo pagano, el heroísmo con que hizo frente a los peligros por conservar la honra de la Esposa del cordero y que combatiendo por la virtud y triunfando de los vicios seductores del gentilismo idolátrico, dio un testimonio solemne de ser la santidad carácter exclusivo de la Religión Cristiana. Veámosle ahora evidenciar la segunda nota característica que entraña esa nuestra adorable Religión, cual es el ser la única verdadera, en virtud de la fortaleza con que lucha por la fe, prefiriendo morir antes que abandonar sus creencias.

La muerte de los mártires siempre fue mirada como una verdadera victoria. El que a trueque de no mancillar su honor y, lo que es más, su fe y su alma, sabe despreciar la vida, por cuya conservación luchan sin cesar los instintos de la naturaleza, es en todos conceptos un héroe digno de la veneración más profunda. Pues ved cabalmente lo que sucedió con Lorenzo. Decidió el poder de la tiranía idolátrica que, por entonces dominaba en Roma, a descartarse de un hombre que tan ardientemente trabajaba por el progreso del cristianismo y que haciendo desertar a muchos de sus banderas, eran convertidos en celosos defensores del culto de la cruz; no perdona medio para conseguir su reprobado intento. ¡Cuánto no trabajó para obligarle a renunciar a Jesucristo y a su divina religión! ¡Qué de recursos no agotó para ablandar aquel pecho de bronce! Ora intentaba insinuarse en él con lisonjeras promesas, ora pretende

aterrorizarle con feroces amenazas. De las palabras pasa a los hechos. Viendo que ni aun puede recabar de Lorenzo la entrega de los tesoros de la iglesia confiados a su custodia y que prefiere ponerlos antes en manos de los pobres que depositarlos en las impuras del Tirano, lo recomienda a los tormentos, pero tormentos que aun cuando son inventados por la crueldad y más refinada barbarie, en nada debilitan, más bien aumentan el entusiasmo y fortaleza de nuestro Santo. Inútilmente despedazan sus carnes con escorpiones, en vano queman sus costados con planchas de bronce, ni porque le extiendan horriblemente en el potro, ni porque le descoynten los huesos, nada es capaz de hacerle enmudecer, ni privarle de la suficiente calma para apostrofar desde allí a sus verdugos y predicarles la verdad y divinidad del cristianismo.

Vemos que Lorenzo, después de los primeros ya mencionados suplicios, sufre con igual valor otros sin comparación más intolerables. Su cuerpo ¡crueldad inaudita! es tendido en una cama de hierro en forma de parrilla con objeto de que sea consumido por el fuego; la turba de fieros verdugos que le rodea se solaza en tan bárbaro sacrificio cual si asistiese a un plácido festín, los espectadores se asombran ante tan horrorosa como trágica escena y él, entre tanto, fija sus ojos y su corazón en el cielo, ora al Señor, ensalza su Santo nombre y triunfa de sus enemigos con una muerte gloriosa. Si esto no es un prodigio de la Divinidad, si esto no prueba la incontestable veracidad del cristianismo, renunciamos desde luego a la razón misma, puesto que en esta no hay recursos para explicar tan extraordinario fenómeno.

Resulta pues que, si Lorenzo, combatiendo por la virtud, manifestó que su Religión era entre todas la más santa, muriendo por la fe, mostró ser la única verdadera, dejando a todos para memoria un testimonio solemne de virtud y fortaleza: Vita decessit non solum iuvenibus sed et universae genti memoriam mortis suae ad exemplum virtutis et fortitudinis derelinquens.

No, pues, sin razón la Religión le aplaude y le bendice y consagra a su memoria las más tiernas demostraciones de gratitud y de amor. Prueba de ello los muchos, magníficos y suntuosos templos dedicados a su culto, el entusiasmo y respeto con que conserva sus preciosas reliquias como un tesoro de inestimable valor e incrustados en oro y plata, las expone a la veneración pública, para que de todo el mundo sea conocido el mérito del esclarecido mártir Lorenzo, quien en los días más tristes para el cristianismo supo oponer al furor pagano una fortaleza que pasará con gloria de siglo en siglo para honor perpetuo de nuestra adorable religión y baldón perpetuo de aquella secta supersticiosa.

¡Ah, Señores! Si posible fuera que hoy os hallaseis en Roma, no podríais menos de experimentar un santo entusiasmo, digo más, os sentiríais orgullosos como hijos de la patria de San Lorenzo, al ver los cultos solemnes que la capital del mundo cristiano le consagra en este día. ¡Con qué respetuoso recogimiento visitaríais la gran Basílica dedicada a su nombre, una de las siete primera Iglesias de Roma y, como todas ellas, suntuosa, rica y de mérito artístico

extraordinario, donde son venerados los restos de nuestro Santo juntamente con los del Protomártir San Esteban. En la misma, tendríais ocasión de contemplar la losa de mármol sobre la que fuera colocado su cuerpo después de tostado en el hierro, viéndose en ella las señales que dejara impresas y que revelan la verdad del hecho. Y si de aquí, pasarías a los seis templos más erigidos a su memoria, en cada uno de ellos admiraríais alguna reliquia insigne del Santo Mártir, como en el titulado San Lorenzo in Lucina, donde os pondrían de manifiesto la parrilla en que sufriera el más cruel de los tormentos, las cadenas con que fuera aprisionado y otras no menos notables. Pero donde vuestra admiración y asombro religiosos subirían de punto, sería al penetrar en la capilla privada del Palacio Pontificio, el Quirinal, y descubrir una de las más preciosas reliquias que se custodian en Roma, la cabeza de San Lorenzo, que Dios permite se conserve milagrosamente integra, cual testimonio vivo y auténtico del martirio, son ejemplo de nuestro Santo. En esta capilla no hay persona alguna que deje de sentirse impresionada y profundamente conmovida ante la presencia de objeto tan maravilloso como respetable. De mí, puedo deciros, que en toda mi vida creo no haber experimentado emoción tan extraordinaria, como en el momento para mí dichoso que me fue permitido adorarlo. Al llegar a este punto del relato que vengo haciéndoos, forzoso me es, aun cuando tenga que luchar con mi propio sentimiento, evocar un recuerdo demasiado triste por cierto. También es esta Capilla, postrado humildemente ante la sagrada ara de la cabeza de San Lorenzo, oró y oró largamente con sus ojos bañados en lágrimas el que ha poco era nuestro celoso Prelado pidiendo por sus hijos queridos de Huesca y amados fieles de su Diócesis. ¡Quién sabe si esta oración tan sentida como fervorosa, fue la que decidió de la suerte de nuestro Excelentísimo Señor Obispo, permitiendo el Señor por los ruegos de San Lorenzo de quien fue tan devoto, terminara su vida en Roma, donde también murió nuestro Santo, y pasara a recoger el premio de sus virtudes y trabajos apostólicos!...

Y tú, Huesca, que justamente te envanece en llamarte cuna y patria de tan esclarecido Hijo y glorioso Mártir, jamás ceses de pronunciar con el más cordial entusiasmo el nombre de Lorenzo, a quien ligados están unos recuerdos tan importantes de tu historia.

Ilustre Cofradía de Caballeros, que hoy os honráis en contribuir a esta solemnidad religiosa, continuad mostrándoos dignos émulos de vuestros respetables predecesores, excitando con vuestro noble celo el de vuestros conciudadanos por el culto y glorias de San Lorenzo. Todos, pues, debemos estar interesados en fomentar y extender su grata memoria, sus glorias son las glorias de nuestra ciudad, sus triunfos son los triunfos de nuestra Iglesia. ¡Ojalá sean nuestros también sus heroicos ejemplos! ¡Quiera el cielo que nos pertenezcan sus virtudes! Si así fuese, segura tendremos la corona que ciñen sus sienes en la morada de los Justos, lugar de la eterna Sión, cuyo goce os deseo a todos. Amén.

Saturaino Lopez Novoa